

Presentación de
La Novela Fantástica. Aventuras Maravillosas (1937)

Por Soledad Quereilhac

La Novela Fantástica fue la primera publicación periódica en Argentina enteramente dedicada al género fantástico y a la ciencia ficción. Se publicó un primer y único número en mayo de 1937, y si bien en él se adelanta el contenido del segundo y tercer números (pensados para junio y julio de ese año), no hay registros de su efectiva aparición. Buscando resaltar su novedad, la publicación incluía en su portada la leyenda “Primera Publicación Científico-Fantástica Mensual Argentina”. Esta especificación, al igual que su formato pequeño y la disposición de su contratapa, dialogaba sin dudas con las convenciones de las colecciones periódicas de novelas que se venían editando desde 1917 en el país: *La Novela Semanal*, *La Novela de la Juventud*, *La Novela Universitaria*, entre muchas otras.

Su director y editor fue Héctor César Zappalorti (1899-1961), un hombre dedicado, entre otros oficios, a los guiones radiales basados en letras de tango y también a la escritura de letras de tango musicalizadas por Firpo, Carabillo y Clausi. En la revista, predominaron, en efecto, las publicidades vinculadas al mundo radiofónico: programas de Radio Porteña, vinculados al tango o al entretenimiento infantil, cursos en la Academia de Radio o equipos “receptores” Phillips.

Según constata el investigador Carlos Abraham,¹ Zappalorti era hijo de inmigrantes italianos que llegaron a Argentina en el siglo XIX, pero entre las décadas de 1920 y 1930 residió, junto a su familia, en Estados Unidos. Fue allí donde entró en contacto con las primeras revistas *pulp* de ciencia ficción: *Amazing Stories*, *Science Wonder Stories* y *Astounding Stories of Super-Science*. Una década más tarde, Zappalorti

¹ En *Revistas Argentinas de ciencia ficción*. Temperley, Tren en movimiento, 2013, pp. 41-55. Véase también: <http://ojs2.ufjf.emnuvens.com.br/zanzala/article/view/25550/14542>

concretó el proyecto de editar una publicación similar a las de Estados Unidos, aunque de muy breve vida. La cercanía es tal que, de los cuatro relatos incluidos en el N° 1 de *La Novela Fantástica*, tres provienen de *Amazing Stories*, al igual que las ilustraciones. El cuarto es un relato de Edgar Alan Poe. En ningún lado figura la autoría de la traducción; tampoco el nombre de ningún otro colaborador. Todo hace suponer que se trató de una empresa unipersonal o que involucró pocas personas. También, que estamos ante un proyecto de un ferviente lector de ciencia ficción (o relatos “científico-fantásticos” tal como los llama), que acaso no escribía sus propios relatos ni estaba necesariamente en contacto con escritores del género. De ello da cuenta el aviso “A los escritores”, en el que se solicitan novelas inéditas “encuadradas en el ambiente que explota esta Editorial”. Una convocatoria ciertamente frecuente en las colecciones de novelas de kiosko.

La Novela Fantástica ya albergaba los presupuestos de otras que la sucederán en el tiempo, con mayor éxito, como *Más Allá* (1953-1957): en primer lugar, el interés por una literatura de imaginación que anticipa lo que vendrá, que redobla el valor de sus fugas imaginarias en la certeza de que alguna vez se harán realidad. En segundo lugar, la celebración de una función didáctica de la literatura de imaginación, gracias a su trabajo con los conocimientos científicos, con la historia social y natural, con la innovación tecnológica, pero también gracias a sus ejercicios conjeturales sobre la existencia humana, “el origen de la vida, el por qué, el para qué de este rodar nuestro, a veces tan incomprensible y desconcertante” (“Dos palabras”, p. 3). En tercer lugar, la revista se preocupa por formar y educar a su comunidad de lectores, bajo el presupuesto de que es una tarea que debe asumir como propia. No sólo se publica literatura en sus páginas, sino que además se incluyen las herramientas simbólicas necesarias para su lectorado. A ello responde la inclusión de un “Diccionario” hacia el final, donde se dan breves definiciones sobre Neptuno, el nitrógeno, el inca Atahualpa o en Pitecantropo, todos términos que figuran –y son estructurales– en los relatos. A ello también responde la introducción de un breve resumen promocional al comienzo de cada novela o relato, como si el lector precisase de cierto incentivo extra (anclado en lo argumental) para abordar la lectura.

La Novela Fantástica constituyó un caso aislado y algo excepcional para su época, y, justamente por ello, es atractivo para los investigadores. No porque en Argentina no se

desarrollase la narración fantástica de orientación científicista (presente en revistas y diarios nacionales desde el siglo XIX), sino porque no existían publicaciones periódicas enteramente dedicadas a ese modo narrativo. Además, antes que una publicación que buscara difundir autoras u autores vernáculos se trató de una pequeña empresa de importación cultural. Como concluye Abraham, *La Novela Fantástica* fue “un intento de trasplantar a nuestro país algo que fascinó a un muchacho argentino en su viaje más extenso e iniciático: la ciencia ficción, un género literario que descubrió en los abigarrados kioskos neoyorkinos de los años veinte” (53).